

LOS NUEVE HOLGAZANES

2º-3º

Érase una vez nueve holgazanes y un muchacho muy trabajador que se llamaba **Mañoso**. Los nueve holgazanes vivían muy cerca del bazar; en cambio, Mañoso tenía una casa en las afueras de la ciudad.

Tanto los holgazanes como Mañoso tenían por oficio hacer carros. Los primeros eran tan vagos que a duras penas conseguían hacer un carro, entre todos, en un día. Sin embargo, el muchacho trabajador era capaz de construir nueve carros en un solo día.

En el bazar nadie quería nunca los carros de los holgazanes, y solo compraban los de Mañoso.

Entonces, los nueve holgazanes se pusieron a pensar el modo de remediar el asunto. Estuvieron venga a pensar todo el día y toda la noche, hasta que, por fin, uno de ellos exclamó:

—¡Ya lo tengo!

Los demás se agruparon a su alrededor: cuatro que llevaban un clavo entre todos, tres que levantaban el hacha y el octavo con un cepillo de carpintero en la mano. Entonces, el primero continuó:

—¡Ahora mismo iré a casa de Mañoso y llenaré de elogios nuestro trabajo! Le diré que todos los días hacemos ochenta y un carros, y que tenemos tanto dinero que no sabemos ni dónde guardarlo ya, y por eso hemos decidido proponerle que se venga con nosotros. Él trabajará con nosotros unos cuantos días y venderemos todos los carros que haga.

—¡Muy bien dicho! —gritaron los holgazanes, y mandaron al primero de ellos a la casa de Mañoso.

—¡Hermano, buen trabajador! Nos das mucha lástima. Piénsalo tú mismo: trabajas de sol a sol, te esfuerzas y sudas... ¿Por qué seguir sufriendo? ¡Déjalo todo y ven con nosotros!

—¡Está bien! —dijo Mañoso—. ¡Venga, vamos!

De esta forma comenzaron a trabajar todos juntos. Mientras los holgazanes se escondían del calor a la sombra de los árboles, Mañoso era el único que, con un pañuelo en la cabeza, seguía aserrando, puliendo y clavando clavos.

Por la tarde, Mañoso contó los carros: él había hecho nueve y entre todos los holgazanes únicamente habían construido uno: había diez en total. Se sorprendió mucho, pero no dijo nada.

Cuando fueron al bazar, nadie compró el carro que habían hecho los holgazanes, y los de Mañoso se vendieron en un santiamén.

Mañoso intentó instruir a los holgazanes, pero no hubo manera, así que decidió abandonarlos y continuar trabajando por su cuenta.

Los holgazanes le dieron vueltas y más vueltas a la cabeza pensando la forma de seguir adelante, pero no se les ocurría nada.

—¡Ya lo tengo! —exclamó por fin el primer holgazán.

Los ocho holgazanes se arrimaron al que había hablado: uno con un clavo, otros seis que trataban de poner el eje a las ruedas y el último que sujetaba el hacha.

El primer holgazán continuó:

—¡Hoy por la noche le quemaremos todos los carros! ¡Así, mañana en el bazar no habrá más carros que los nuestros, y su precio subirá: podremos vender nuestra mercancía por mucho más dinero! ¿Qué os parece?

—¡Muy bien pensado! —exclamaron los demás.

En cuanto Mañoso se marchó a la ciudad un momento, los holgazanes quemaron todos los carros que estaban preparados.

—¡Oh, ya no tiene remedio! —se dijo Mañoso al ver aquello.

Y se puso a trabajar como si nada hubiera pasado.

Los holgazanes llegaron sus carros al bazar para venderlos, y después fueron a visitar a Mañoso para regodearse con su desgracia. Pero lo que vieron fue que seguía trabajando como si nada hubiera pasado, y que incluso estaba cantando.

—¡Salom, Mañoso! ¿Qué tal te va? ¿Ningún contratiempo?

—¡Ninguno, todo marcha bien! —contestó.

—Hemos oído por ahí que se te quemaron los carros, ¿es cierto?

—Así es —contestó Mañoso—, hacía ya tiempo que quería quemar esos carros, pero no lo terminaba de hacer... Y ¡cuál sería mi sorpresa cuando me encuentro que alguien caritativo lo ha hecho por mí! ¡Imaginaos lo que me alegré!...

—¿Por qué? —se sorprendieron los holgazanes.

—Muy sencillo, necesitaba mucha ceniza...

—¡Cómo!

—Sí —dijo—, en el bazar cambian la ceniza de los carros por oro. Dan un peso equivalente. Ahora mismo acabo de traer el oro que conseguí a cambio de la ceniza.

Los holgazanes se apresuraron a ir a su casa y quemaron sus carros. Guardaron la ceniza en las alforjas y se las llevaron al bazar.

—¡Se vende buena ceniza, de buenos carros!

—¡Una moneda de oro por un celemin de ceniza de excelente calidad!

—¡Pasen y vean! ¡Apresúrense! ¡Compren, compren!

La gente se rió hasta no poder más. Después los molieron a palos y los echaron del bazar.

Los holgazanes se enfadaron mucho y decidieron vengarse de Mañoso.

A medianoche se pusieron en la puerta de su casa para pegarle, pero en la oscuridad se tropezaron con el asno, que comenzó a dar coces. Los holgazanes se enfurecieron y empezaron a apalearlo al pobre animal hasta que lo mataron.

A la mañana siguiente, Mañoso vio cómo su asno yacía muerto en el suelo. Le lloró un buen rato y después se lo llevó al campo en un carro.

Se acercó a un sembrado y dejó allí al asno, de pie, junto a un almiar de trigo sin trillar.

El amo de las tierras, el usurero Salimbai, estaba sentado por allí cerca, desayunando.

Al ver al asno junto al trigo, se puso a gritar:

—¡Fuera! ¡Fuera de ahí! ¡Vamos!

Pero el asno seguía ahí de pie, inmóvil.

Salimbai fue corriendo hasta él y le pegó con un palo en el lomo con todas sus fuerzas, y, claro está, el asno, que ya estaba muerto, se cayó al suelo.

—¡Ricachón! —gritó Mañoso—. ¡Tú, ricachón, has matado a mi asno!

Salimbai se asustó:

—¡Por mi vida, Mañoso —le suplicó—, no grites de esa manera! ¡Que nadie se entere de lo que ha pasado!

Pero Mañoso no dejaba de gritar:

—¡No! ¡Me tendrás que recompensar por la pérdida! ¡Era tan bueno y trabajador mi pobre asno...! —dijo tirándose sobre Salimbai con el palo.

—¡Quieto! ¡Te pagaré lo que quieras!

El usurero le dio a Mañoso diez monedas de oro. De camino a su casa, Mañoso se encontró con los holgazanes.

—¡Salom, queridísimo Mañoso! —le saludaron.

—¡Salom! —les contestó.

—¿Cómo te va? ¿Alguna novedad?

—Oh, sí, hay muchas novedades —contestó—. Esta noche se me murió el asno, me lo llevé al bazar y lo vendí. ¡Pues mirad lo que he ganado con el pellejo...!

Mañoso desató su saquito y les mostró las diez monedas de oro. Al ver el oro, a los holgazanes les hicieron los ojos chiribitas.

Corrieron a su casa, mataron a sus asnos y se los llevaron al bazar para venderlos. Los arrastraron hasta allí y se pusieron a gritar:

—¿Quién quiere asno muerto? ¡Se cambia por oro!

La multitud en el bazar se puso furiosa con ellos.

—¡Pero qué es este disparate! ¡Quién se atreve a matar y luego vender asnos!

Les pegaron y los echaron del bazar.

Mañoso regresaba a su casa, tranquilamente, cuando vio a los nueve holgazanes corriendo. Entonces pensó: «Ellos son nueve y yo estoy solo. No podré con ellos», y huyó hacia la estepa.

Los holgazanes lo persiguieron y lo llamaron, pero no pudieron alcanzarle, pues él había corrido tan deprisa que les había tomado la delantera.

En la estepa se encontró con Salimbai, que apacentaba sus carneros.

—¡Eh! —gritó el ricachón—. ¿Adónde vas corriendo así?

—¿Acaso no te has enterado? ¡Me quieren elegir Sha!

El ricachón se inquietó.

—¿Quieren elegirte Sha a ti, que no eres más que un infeliz? ¡Si eres una calabaza vacía! ¡Sería más lógico que me eligieran a mí, que soy rico! —chilló.

—Si eso es lo que quieres, corre hacia ellos hasta aquel montículo —le dijo Mañoso—. ¡Seguro que te nombran a ti!

Salimbai deseaba ser Sha, así que se fue hacia el montículo a toda prisa.

Mientras, Mañoso se puso la túnica al revés, se cubrió la cara con un pañuelo y se sentó en una zanja.

Enseguida llegaron corriendo los holgazanes y vieron a Mañoso, pero no lo reconocieron así disfrazado.

—¡Esperad! ¡Oye! ¿Ha pasado por aquí un hombre?

—Sí, iba corriendo —contestó Mañoso.

—¿Hace mucho que ha pasado?

—No, acaba de pasar. Va por allí —dijo señalando al ricachón que corría.

Los holgazanes le vieron y comenzaron a perseguirle.

Mañoso volvió a dar la vuelta a la túnica, se quitó el pañuelo y se fue a su casa.

Y cuentan que los holgazanes aún siguen dando vueltas por la estepa, persiguiendo al ricachón.